ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

PRIMERA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

Armida, Princesa de Damasco...	Sra. Rita Luna.
Reinaldo, Príncipe de Ferrara..	Sr. Manuel García.
Ubaldo, Maestro de Reinaldo...	Sr. Antonio Pinto.
Ricardo, Capitan.............	Sr. Félix de Cubas.
Comparsa de Soldados........	

El argumento es tomado de la conquista de Jerusalen; escrita por el Sr. Torquato Taso.

Sinfonía estrepitosa que vá declinando, de modo que al correrse el telon sea una mùsica muy suave: el teatro representa una selva que baña el mar, lo mas ameno que pueda figurarse: á un lado, sobre un rústico, aunque gracioso asiento, estará Reinaldo durmiendo y Armida contemplándolo; ella tendrá una guirnalda de flores en las manos, y al cesar la música dice:

Arm. ¡Qué tranquílo se mira y sosegado
en los brazos del sueño el amor mio!
mas ¿quándo no descansa dulcemente
un amante infeliz correspondido?
Naturaleza toda mudamente
interesada en su descanso miro:
las aves que alternadamente cantan,
las aguas despeñadas de los riscos,
y el viento que soplando blandamente
templa los rayos del calor estivo,
todo al dulce sosiego contribuye
del amoroso imán de mi alvedrío.

¿Despertaréle? no; con estas flores,
que texió cuidadoso mi artificio
ceñir sus brazos quiero, y sorprenderle
llegando á despertar: duerme querido,
duerme, mi amado bien, duerme alma mia,
duerme objeto adorado de un cariño,
abrasador del mas sensible pecho,
pues aunque todo el tiempo que no miro
las luces albagüeñas de tus ojos,
estoy considerando que no vivo,
sola la persuacion de que descansas,
de mis amantes ansias es alivio.

Música suave, á cuyos compases despierta Reinaldo, y dice

Rein. ¿Si duermo todavía?...¿quién mis brazos
pudo estrechar con lazos tan floridos?

Arm. ¿Quién sino la que solo de mirarte
muere de amor su corazon herido?

Rein. Si imaginas, dulcísima homicida,
que á ser tu prisionero me resisto,
¡ó quánto, Armida, ofendes tu hermosura!
mírate en el espejo fugitivo
de esa apacible cristalina fuente,
y notando los rayos despedidos
de tus ardientes brilladores ojos,
donde sus rayos templa el amor mismo,
esa boca de rosa, y en fin, todo
el imperio de Venus reducido
á las gracias que en tí naturaleza,
con cuidadoso estudio poner quiso,
verás que son en vano otras prisiones,
y que el dichoso estado en que miro,
ni aun la muerte es capaz de terminarle,
porque el amor es alma, siendo fixo
que el alma es inmortal, eternamente
debe durar el cautiverio mio.

Arm. No tengo yo de hermosa presunciones,
de enamorada sí; por que imagino
que si fuera posible reunirse
todo el amor de quantos se han querido,
formando un solo amor del que te tengo,
aun no pudiera bosquejar los visos;
mas no es amor el mio, es un incendio,
es un volcan tan eficaz y activo,
que penetrando con oculta fuerza
hasta lo mas secreto y escondido
del corazon, le abraza, le devora
tanto, que ya no puedo resistirlo;

Reinaldo, moriré; pero en tus brazos;
que ellos solo serán sepulcro digno
de una muger amante sin exemplo,
á quien de amores mata el amor mismo.

Rein. Si piensas excederme, te equivocas,
porque en el bello sexô, por destino
es natural carácter la ternura,
que fácil se permite al incentivo
de las dulces pasiones delicadas;
pero un hombre criado desde niño
en las campañas bélicas de Marte,
cuyo pecho feroz endurecido,
iras, sangre y estragos respirando,
no conoció mas ley en su alvedrío
que la desolacion y la venganza,
labrando con ageno precipicio
á su gloria y su nombre eterna fama,
es admirable verle poseido
de amorosa pasion; pero tan grande,
que si amor se perdiera, solo el mio
extenderse pudiera á todo el orbe,
renovando el imperio de Cupido.

Arm. ¿Y durarán tan finos sentimientos?

Rein. ¿Puedes dudar, si los confiesas finos?

Arm. No ama, Reinaldo mio, quien no teme.

Rein. Temores infundados son delirios.

Arm. Dulcísimo embeleso::-

Rein. Dueño hermoso::-

Arm. Idolo de mi alma::-

Rein. Amable hechizo::-

Arm. Serás constante?

Rein. La firmeza misma.

Arm. ¿Qué no me dexarás?

Rein. Es desvarío;
de solo imaginarlo moriría.

Arm. Ven, pues, encantador de mis sentidos,
en premio de tus ansias á mis brazos.

Rein. Ellos solos pudieran ser alivio
de mi amorosa sed.

Arm. ¡Qué dulce gloria!

Rein. ¡Qué venturosa union! sin tí es preciso
morir, pues solo vivo de quererte.

Arm. Y yo tan solo de adorarte vivo:
en tanto, pues, que yo al cuidado atenta
de esta Isla sujeta á mis dominios,
me aparto un breve instante de tus ojos,
tú en la estancia florida de este sitio

procura entretenerte, ó persiguiendo
de las fieras los pasos fugitivos,
ó bien de las incautas avecillas
cortando el vuelo con seguro tino.

Rein. En tu ausencia ¿qué puede entretenerme?
pero pues es forzoso, en el florido
tapete de ese prado que apacibles
riegan mil arroyuelos cristalinos,
te esperaré; mas mira que no tardes,
porque sin tí estoy fuera de mí mismo.

Arm. ¿Lo propio que deseo me suplícas?
¡Ah! ¡qué poco conoces mi cariño!

Rein. Yo por el mio mido mis deseos.

Arm. Y yo los tuyos por los mios mido;
pero á Dios, mi Reynaldo.

Rein. Armida hermosa,
todo mi corazon llevas contigo.

Música, á cuyo compás se presenta una nave, de la qual van descendiendo Ubaldo, Ricardo y comparsa de Soldados armados de todas armas, con la divisa de Cruzados.

Ubaldo. Esta, segun las señas, es la Isla
en donde aquel encantador prodigio
tiene al jóven Reinaldo en los alhagos
de su torpe belleza seducido:
¡Ah! ¿cómo pudo con tan vil infamia
abandonar tan pronto los principios
de la virtud amable, y entregarse
tan sin freno á la ley del apetito?
¡O juventud fogosa, oculta fiebre
de la razon humana, que el peligro
de las dulces pasiones desconoces,
buscando en su lisonja el precipicio!
Mas pues el gran Gofedro á mi cuidado
fió la empresa de romper los grillos
de la pasion funesta de Reinaldo,
vive Dios, que si acaso endurecido
del honor al estimulo no cede,
lo que no la razon, logrará el brio,
ó estos amenos campos, que el mar baña,
de mi muerte fatal serán testigos.

Ric. En vano, Ubaldo, conseguirlo intentas,
porque segun la fama, al poderío
de las artes de Armida todo es fácil;
los elementos todos á su arbitrio
obedecen humildes; á sus voces
se franquean las puertas del abismo;
en medio de su curso el sol se para,

y trastornado el órden primitivó
de la naturaleza, el universo
se gobierna á la ley de su alvedrío:
advierte, pues, qué servirán las armas
opuestas á poder tan excesivo.
Ubald. En la credulidad del vulgo necio,
pasa por verdadero y efectivo,
lo que es solo fantástica apariencia,
y así desprecio yo los artificios
de esa alevosa Maga, que sembrando
discordia y confusion en los invictos
héroes del Exército cristiano,
hechizó de Reinaldo los sentidos,
porque sabía que á su fuerte brazo
eran irresistibles los altivos
y fuertes muros que á Salén coronan::-
pero sino me engaño, ácia este sitio,
en trage extraño, un hombre se aproxîma.
Sale Reinaldo.
Rein. Tropas en esta Isla?...¿Mas qué miro?
Ubaldo, amado amigo::-
Ubald. No os conozco.
Rein. ¿Qué ya no me conoces, quando has sido
mi maestro? ¿A Reinaldo desconoces
habiéndole educado y dirigido
desde su tierna infancia?
Ubald. Yo me acuerdo
que á Reinaldo eduqué; que mis principios
en él formaron un ilustre jóven,
honesto, generoso, compasivo,
prudente, liberal, dócil, afable,
cortés, templado, racional, benigno,
y sobre todo, un héroe valiente
que heredero forzoso del dominio
de Ferrara, feliz pudiese hacerle;
y como ahora en vos solo distingo,
un jóven tierno, muelle, delicado,
coronado de rosas y jacintos,
viva copia de Adonis en el trage
afeminado, blando, y aun lascivo,
desconociendo un héroe cristiano,
os tuve de estas selvas por Narciso.
Rein. Justamente esperaba estos denuestos,
mas no creí que amar fuese delito.
Mira aquella paloma que á su esposo
le dá mil besos con rosado pico;
mira como lo arrulla y lo festeja,

cómo bate las alas, y con giros
y tornos lo requiebra blandamente,
mira como formando extraños visos
al sol, que en su plumage reverbera,
se eriza, y despidiendo mil gemidos
explica su dolor, porque su esposo
á otra paloma aproxîmarse ha visto.
Aquel tigre feroz, que la espesura
atraviesa veloz, es porque ha visto
salir de la caverna á su querida,
y la sigue zeloso y vengativo:
esta palma, si lánguida desmaya,
es porque le han quitado á su querido:
todo es amor el orbe, todo ama;
pues si lo vejetable sensitivo,
y aun lo insensible ama, ¿qué me culpas?
quita el amor del mundo, Ubaldo mio,
y verás que su máquina soberbia
perece entre mortales parasismos.
Ubald. La natural concordia, incauto jóven,
confundes con la ley del apetito.
No es delito el amor bien regulado,
ántes por el contrario, es un principio
de las operaciones virtuosas,
que dando al alma nuevo ser activo,
la enardece, la eleva y la estimula
para altos hechos de la fama dignos:
pero una pasion ciega y vergonzosa,
en donde se conoce el extravío
del corazon, y degradando al hombre,
le dexa con los brutos confundido,
y le cubre de infamia y de ignominia,
léjos de ser amor es un delirio
de una voluntad ciega, impetuosa,
sorda á los impulsos del juicio,
en los mismos placeres que ha gustado,
desconoce el veneno que ha bebido.
Mas no es este el borron que mas te infama;
pocos en el exército el motivo
conocen de tu ausencia, é irritados
al ver que te retiras del peligro,
te arguyen de cobarde.
Rein. Calla; Ubaldo,
no irrites mas el sufrimiento mio:
¿que victorias lograron los Cruzados
que no debiesen á mi brazo invicto?
los campos de la fértil Palestina

sino es por mi valor, hubieran sido
de sus plantas hollados?

Ubald. Vanamente
tus méritos arguyes; los principios
de tus hazañas nadie los recuerda,
y solo ven que en el mayor conflicto,
quando á Jerusalen cerca Gofredo,
y quando á hallarse en tan famoso sitio
el orbe se despuebla, solamente
falta Reinaldo: ¿y crees te han ofendido
notándote en tal caso de cobarde?
te arguyen con razon; lo has merecido.

Rein. Pues yo sabré, volviendo á la palestra,
hacerles conocer que soy el mismo
que siempre fuí; que el ser enamorado,
no se aparta de ser héroe invicto:
veráme el Agareno las murallas
asaltar de Salén, y en su recinto
ser el primero que tremole al viento
los sagrados pendones que seguímos:
dadme unas armas.

Ubald. ¿Qué? ¿las armas pides?
del grave yelmo y el arnes lucido,
de la cortante, la fulminea espada,
no podrás tolerar el exercicio,
que los placeres el valor enervan:
y en tanto que Tancredo el atrevido,
combate con Argante cuerpo á cuerpo,
mientras Raymundo á Soliman altivo
resiste fuerte; en fin, mientras se cubren
de honor todos los Príncipes unidos
que siguen las banderas de Gofredo,
tiñendo los aceros vengativos
en la sangre pagana, y á porfia
la religion ensalzan, tú mas fino,
mas delicado y tierno entre los brazos
de Armida bella, vivirás tranquilo.
de sus hermosas damas rodeado,
y entre blandas delicias sumergido.

Rein. No mas Ubaldo, cesa en mis denuestos;
tus razones conozco; ya abomino
mi ciego error, ya todo á tí me entrego,
pues de mí justamente desconfio:
siento en mi pecho ardiente todavía
el fuego del amor, mas convencido
de tu recto dictámen, yo te juro
por esa insignia que en tu pecho miro

y mirar no merezco, que volviendo
al belicoso campo, el honor mio
dexaré acrisolado de tal suerte
que en el curso inviolable de los siglos
diga la fama, si Reinaldo pudo
olvidarse un momento de sí mismo,
labó con sus hazañas sus errores,
y de inmortal renombre se hizo digno.
bald. Ahora si, á Reinaldo reconozco;
las armas viste, y de este fatal sitio
salgamos prontamente; la tardanza
nos puede ser funesta: el triunfo es mio.

Música alusiva á la situacion que dura mientras Reinaldo se viste las armas, y luego dice:

Rein. Ahora que vistiéndome las armas,
nuevo ser me parece que he vestido;
vamos, Ubaldo, al punto.

Al tiempo de irse sale Armida.

Arm. ¿A dónde, ingrato?
Ubald. ¡Fatal encuentro!
Rein. ¡Bárbaro conflicto!
Arm. ¿Callas, tirano, callas, y aun desdeñas
que se encuentren tus ojos con los mios?
¿con el silencio solo me respondes?
¿á mirarme no vuelves? ¿en qué has visto
que te ofendiese Armida? es este el pago
á tanto amor, á tanta fé debido?
¿dónde està la constancia prometida?
¿dónde aquel corazon tan tierno y fino?
discúlpate á lo ménos, que me ofende
mucho mas el silencio que el desvío.
Rein. ¿Te juré eterna fé? sabré cumplirla;
pagaré tu favor; pero es preciso
que me ausente, señora: enagenado
en tu hermoso dulcísimo atractivo,
de soldado, de noble y caballero
toda la obligacion puse en olvido;
sino vuelvo por mí, quedo infamado;
tú misma me tendrias por indigno
de tu correspondencia; sobre todo,
la religion me llama; este motivo
ni dilacion admite, ni disculpa;
no te canses Armida, nada miro
que no sea mi honor; quando le dexe
con mi valor acrisolado y limpio,
quando la Palentina y toda el Asia
doble ya la cerviz al Cristianismo,

à amarte volveré.

Arm. ¡Vana esperanza
que agrava la pasion con que me aflijo!
¿presente me abandonas, y querias
que ausente confiase? ¡ó desvarío!
mas si el deseo y ambicion de gloria
alcanzan en tu pecho tal dominio,
si en el honor te sientes ultrajado,
que te ausentes, Reinaldo, no resisto,
mas no tan pronto y repentinamente
espera un solo dia, mas no pido,
para que mi constancia se disponga
á resistir tan bárbaro martirio.

Rein. ¿Qué me dices Ubaldo?

Ubald. Que partamos:
qualquiera dilacion es un peligro
irresistible.

Rein. Un solo dia pide::-

Ubald. ¿Ya tu valor vacila? al mar, amigos;
quédate á tus placeres entregado,
mientras al gran Gofredo repetimos
que una débil pasion vencer no sabe,
quien presumia tanto de sí mismo;
y que la insignia que le cruza el pecho,
aun no pudo excitar en su alvedrio
sentimientos de honor.

Rein. Detente, Ubaldo;
no me abondones, llévame contigo.

Arm. Hombre de crueldad, hombre insensible,
compadece el estado en que me miro.

Ubald. Muger de perdicion, si al jóven amas,
¿cómo consientes verle envilecido?

Arm. Es verdad, es verdad, búsquese un medio,
que del amor y honor no sea indigno:
mi bien, señor, mi dulce dueño amado,
parte á Jerusalen, parte atrevido
al campo del horror, y de la muerte,
pero á lo menos llévame contigo:
yo inseparable compañera tuya
arrostraré los riesgos y peligros,
despreciaré la muerte; en las batallas,
armada siempre del acero limpio;
me verás á tu lado, contrastando
el ímpetu y furor del enemigo;
y quando mas no pueda, el blanco pecho,
este pecho en que vives, á los tiros
ofreceré gustosa del contrario

*

sirviéndote de escudo: estos suspiros,
estas lágrimas tiernas que derramo,
muevan tu corazon: ¡ay amor mio!
¿cómo podré vivir si tú me dexas?
¿todavía te muestras indeciso?
ó llévame cruel, ó aquí me mata,
serémos ambos con opuestos visos,
tú de pérfidia objeto exemplo aborrecible,
yo de firmeza exemplo peregrino.

Rein. Complacerla quisiera; mas no puedo:
¿dónde hay tormento que se iguale al mio?
¡desdichada hermosura! es imposible,
Armida hermosa, lo que me has pedido;
la pasion con tu vista alimentada,
podia producir nuevo extravío;
demas de eso, Señora, tú serías
de mis errores el mayor testigo,
y Gofredo::-

Arm. No mas, no mas, ingrato,
bárbaro, desleal, desconocido;
si promesas y lágrimas no labran
ese vil corazon endurecido,
la fuerza bastará: temblad esferas;

Aquí se figura una tempestad, y se vé à su tiempo zozobrar la nave combatida del mar, cuyo ruido y alteracion se imitará de modo que no estorbe la representacion.

y tú, espumoso monstruo cristalino,
eriza de tus ondas la soberbia:
desátense en violentos toberllinos
los vientos encontrados; de tinieblas
se vea el claro sol obscurecido,

Se encubre la Nave.

y abortando las nubes tenebrosas
desde su seno rayos vengativos,
esa traidora nave sumergida
del proceloso golfo en el abismo,
pague su atrevimiento y mi desdicha;
vete ahora, tirano, halla camino
para tu aleve fuga, si pudieres.

Ubald. Maga vil, tus fantasticos prodigios
no pueden deslumbrar mi entendimiento;
nada temas, Reinaldo.

Rein. ¿Qué he oido?
yo temer? ó qué en vano, incauta Armida.
te pretendes valer del artificio
ó del poder (que todo lo desprecio,
solo atento á mi honor): quantos mas grillos

aparentas poner á mi partida,
tanto vas decayendo en mi cariño.
Arm. ¡Ah traidor! ¿no basta tu pérfidia
sin añadir insultos? pero impío,
aunque pierda tu amor, aunque con ódio
mires á la que un tiempo dulce hechizo
de tu vida y tu pecho la llamabas,
ya que en tu corazon no hallan partido,
ni sus lágrimas tristes ni sus ruegos,
no saldràs de esta Isla; aquí cautivo
has de vivir, ingrato eternamente,
sin que humano poder llegue á impedirlo.
Rein. Pues vive Dios, Armida, que á lo ménos
quando vencer no puedas tus prodigios,
inútiles haré tus intenciones,
para que sepan los futuros siglos
que por salvar mi honor perdí la vida:
cuenta, Ubaldo, á Gofredo lo que has visto;
recibe, ó mar undoso en tus cavernas
un mísero infelice::-

Va á arrojarse, y ella le detiene apresurada, y dice con mucha pasion.

Arm. Tente, impio:
¿hasta dónde conduces el extremo
de la fiereza? tente; ya tranquilo

Sale la Nave.

se muestra el mar, el Iris se desplega,
por la region del ayre cristalino

Vese en accion todo lo que dicen los versos, y si pareciere puede añadirse la vista del sol en los últimos términos de la marina.

entra en tu nave, parte, que yo sola
anegada en sollozos y suspiros,
abandonada, triste, y sin consuelo,
me quedaré á morir del dolor mio,

Cae desmayada.

Rein. Mi bien, mi dulce amor::-
Ubald. ¿Qué haces, Reinaldo?
aprovecha momento tan benigno.
Rein. ¡Ah! ¡No estaba mi alma preparada
á resistir tan bárbaro conflicto!
la muerte en palideces se difunde
por su semblante lánguido y marchito.
Ubald. No la mires y aumentes mas tu pena;
toda piedad ahora es un delito.
Rein. Es verdad, es verdad; pero dexarla
entregada á mo tales parasismos,
solo en un corazon de bronce cabe:
¡dura ley del honor! ¡tan exquisito,

dificilmente borra de su pecho
la imágen del iman de su alvedrío:
¿pues por qué me detengo? ¿porqué tardo?
abre las puertas tenebrosas, abismo;

A este verso comienza una mùsica lugubre, pero que no impida la representacion, y segue hasta el fin de la escena.

venid al punto genios infernales,

Aparecen varias figuras representando lo que dicen los versos, con antorchas encendidas.

y pues de mi abandono ni aun testigos
mudos pretendo que en el orbe queden,
incendiad esta isla.

Cruzan las figuras por el Teatro, y d-l fondo salen varias llamas, que representan el incendio.

En su distrito
árbol, ni flor, ni planta permanezca;
todo quede á pavesas reducido;
todo perezca, pues murió mi dicha;
arded campos, arded; exemplo digno
sed del incendio que me abraza el pecho.
Ven, esperanza dulce, amable hechizo
del universo, ven, y reanima
mi corazon doliente y afligido,
que yo en fogoso carro conducida,

Aparece un carro de fuego, con alusion á la situacion.

por la region del ayre al fugitivo *Sube.*
objeto de mi amor seguir resuelvo.
Reinaldo, espera, aguarda, dueño mio;
que Armida mas que nunca enamorada,
creciendo su pasion con tus desvíos,
á buscarte camina presurosa
con corazon amante y encendido,
ó á prenderte de nuevo en su hermosura,
ó víctima morir de tu cariño.

CON LICENCIA.

Sevilla, Imprenta de Caro y Hernandez. Calle Génova. 1815.

DONDE ESTA SE HALLARAN LAS
Comedias modernas siguientes:

Las Víctimas del amor.
Federico II. Tres partes.
Las tres partes de Cárlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo feliz.
La Hidalguía de una Inglesa.
El triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Cárlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés sobre Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
La Fiel Pastorcita y tirano del castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moyses.
El Amor perseguido.
El mas heróico Español.
Luis XIV. el Grande.
El Alba y el sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
Munuza: Tragedia.
El buen Hijo, ó María Teresa de Austria.
Siempre triunfa la Inocencia.
Alexandro en Seútaro.
Cristóbal Colón.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El buen Labrador.
El Fenix de los Criados.
El Inocente usurpador.
Doña Maria Pachecho: Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Aamet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
El Naufragio feliz.
La Buena Criada.
Para averiguar verdades el tiempo es el mejor testigo.
Ino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landavv.
Soliman Segundo.
El Tirano de Ormuz.
Tener zelos de si mismo.
El Bueno y el mal amigo.
Dido abandonada.
El Pigmaleon: Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti.
La Nina: opera joco-seria.
Un montañes sabe bien donde el zapato le aprieta.
El Hombre singular, ó Isabel primera de Rusia.
La Faustina.
El Misantropo.
La Fama, es la mejor Dama.
Pedro el Grande, Czar de Moscovia.
El Matrimonio Secreto.
El Asturiano en Madrid, y Observador instruido. De figuron.
La Muger mas vengantiva por unos injustos zelos.
El Preso por amor, ó el Real encuentro.
El Avaro, drama jocoso.
Los Amores del Conde de Comminges.
El Perfecto Amigo.
El Amante generoso.
El Amor dichoso.
La Holandesa.
El Abate L'Epee.
El Abuelo y la Nieta.

La Adelina, dos partes.
El Amante Generoso.
Alexandro en las Indias.
El Amante Honrado.
El Amor constante, ó la Holandesa.
A Suegro irritado, Nuera prudente.
El Ayo de su Hijo.
La Bella Inglesa Pamela; 2 partes.
El buen Hijo, ó Maria Teresa de Austria.
La Comedia nueva ó el Café.
El Delincuente Honrado.
El Desertor Frances.
Dido abandonada.
El Divorcio feliz.
Ecio triunfante en Roma.
La Esclava del Negro Ponto.
La Esposa Persiana.
Faema y Selima.
Las Minas de Polonia.
Carceles de Lemberg.
El Baron. De Moratin.
La Mogigata. Idem.
El Si de las Niñas. Idem.
La Fuerza del Amor conyugal.
El Duque de Pentiebre.
La Inocencia Triunfante.
La Raquel. Tragedia.
La Condesa de Jenovit.
La señorita mal Criada.
Andromaca y Pirro.
Silesia. Tragedia.
Troya abrasada.
El Tramposo
El Pintor Fingido.
El Triunfo del Ave María.
El Viejo y la Niña. De Moratin.
Sancho Ortiz de las Roelas.
El Precipitado.
Abre el Ojo.
El Rey de España en Bayona.
El Empezinado.
Defensa de Valencia.
Viuda de Padilla. Tra[illegible]
El mas Heróico Espa[illegible] no-blemente pagado.
A Amor de Madre, [illegible] mor que le iguale, ó l[illegible] aca.
Los Arápiles, ó de[illegible] Marmont.
El mayor chasco de [illegible] rancesados.
El Egoista.
La Comedia de repente.

COMEDIAS EN UN ACTO *y Unipersonales.*

La Nueva Esposa.
El Feliz Encuentro.
La Buena Madrasta.
Armida y Reinaldo, dos partes.
Los Amantes de Teruel: para tres.
El Atolondrado.
El Jóven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
Guzman el Bueno.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de estado.
Doña Inés de Castro: Tragedia.
La Toma de Breslau.
Hannibal.
La Andrómaca: quatro personas.
El Esplin.
Bellorofonte en Licia.
Hercules en Deyanira.
Semiramís.
Eurídice y Orfeo
El Triunfo del Amor.
La noche de Troya.
La Libreria.

Asimismo se encuentra un surtido de 200 Saynetes, y 250 Comedias antiguas de Calderon, Moreto, Montalvan, Zamora y otros ingenios.

ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

SEGUNDA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS.

Armida	Sra. Rita Luna.
Reinaldo	Sr. Manuel García.
Ubaldo	Sr. Antonio Pinto.
Orcante	Sr. Félix de Cubas.
Comparsa de Cruzados y Turcos.	

Musica triste. Campamento á lo léjos. Armida dentro de una tienda.

Armid. Aquel que nunca ha visto favorable
de la fortuna el rostro, si se queja
se queja con razon, mas que ha llegado
de la desgracia el término, no crea;
que pasar de feliz á desdichado
es mucho mayor mal, mas grave pena.
El que poco se eleva, poco cae:
pero aquel que ha subido á la eminencia,
si del hado el furor le precipita,
ni aun de su estrago la memoria dexa: *Cesa la musica.*
villana condiccion de la fortuna,
que cautelosamente lisonjera
proporciona las dichas solamente,
para quitarlas quando no se piensa,
y la satisfaccion de disfrutarlas
no equivale al tormento de perdelas.
Así yo, ¡ay triste! en tiempo mas dichoso,
rebosando en placer, de gozo llena,
á la cumbre subí de la fortuna,
que á un corazon amante no le queda
mas anhelo, mas dicha, mas deseo

que poseer lo que ama con fineza.
Mas todo lo perdí, y abandonada
de Reinaldo, con bárbara cautela,
caí precipitada hasta el abismo
de la amargura que en mi pecho reyna.
Vuelvo el atribulado pensamiento
á mis perdidas glorias, y hallo en ellas
tantos motivos de dolor tirano,
que en confuso tomulto se atropellan
por traspasar mi corazon doliente,
y acabar con mi vida lastiméra,
y de puro sentir á el sentimiento
el angustiado espíritu se niega:
¡tiempo de confusion! ¡aciagos dias!
¡ó dias de dolor! ¡tiempo de pena!

Música triste, á cuyos últimos compases sale Orcante.

Orc. Permite, Armida hermosa, á los cuidados
de un corazon que amante te venera,
interrumpir la distraccion penosa,
que tanto de tí misma te enagena;
vuelve por tí, señora, no perturbes
el brillo encantador de tu belleza.
¿Por qué tanto llorar? ¿por qué angustiarte
tan fuera de razon?
Arm. Si dable fuera
que hubiesen de salir las penas mias,
entre mis tristes lágrimas envueltas,
era preciso que en copioso llanto
mi máquina vital fuese deshecha:
no es llanto de dolor el que derramo,
llanto es de indignacion y de soberbia.
Orc. Si tanto la venganza te apasiona,
si de la sangre vil estás sedienta
del pérfido Reinaldo, si tu mano
será de aquel que tan dichoso sea,
que prisionero ó muerto te lo entregue,
¿dudarás de que quedes satisfecha?
en toda esa república vagante,
en esa instable inundacion de tiendas
que abriga nuestro exército, no hay Turco
de noble condicion, que no pretenda
y aspire, enardecido con tal premio,
á ser el dueño de tan alta empresa;
y así de su valor:;-
Arm. No mas, Orcante;

espiró ya en las tropas Agarenas
el antiguo valor; no ha habido encuentro
en que cobardemente no volvieran
las espaldas al riesgo y á la gloria:
en Antíoquia, en Gaza y en Nicéa,
á pesar de sus muros, los Cruzados
tremolaron al viento sus banderas;
en fin, la gran Salén, que era su empeño,
ya conquistada arrastra sus cadenas,
ya el gran sepulcro de su Dios adoran,
y el Asia toda amedrentada tiembla:
ese confuso exército de tropas
compuesto de naciones tan diversas:
y tan poco aguerridas, que Emireno
por órden del Soldan rige y gobierna,
oponerle al esfuerzo de Gofredo,
es oponerle al sol caduca niebla,
débil antorcha al viento impetuoso,
y seca arista á la abrasante hoguera.
¿Pues de qué presumís? llegó ya el tiempo
en que las damas las batallas vean,
y arrostrando las huestes enemigas,
á sí propias valientes se defiendan:
¿y esperaré que nadie de Reinaldo
pueda alcanzar victoria? él es la diestra
del general Cristiano: mal he dicho;
él es numen de la quarta esfera;
mira quan alejada la venganza
vivirá de quien tanto la desea.

Orc. Injustamente, Armida, nos baldonas:
nunca ha sido precisa consecuencia
de la suerte el valor, y el conservarle
despues de acciones tantas y funestas,
no te parezca poco. Ese Gofredo,
que parece domina en las estrellas,
segun sus intenciones favorecen,
tendrá mas dicha, no mas fortaleza:
el valor que publícas de Reinaldo
no te culpo, si tanto lo exâgeras,
que esa misma venganza que apeteces,
la sed que de su sangre manifiestas,
puede ser un cariño disfrazado.
¡Ah! cómo temo en tan dudosas señas
que corrida la máscara del ódio,
se descubrá el amor con mayor fuerza;
mas para que conozcas mi ardimiento,
y que nada mi espíritu recela,

ese papel que al enemigo campo

Le dá un papel, y ella le lee para sí.

determino enviar, pido que leas;
en él verás que á singular batalla
llamo á ese fuerte jóven, y plugiera
al Cielo que al momento le aceptase,
porque ó despojo de sus iras sea,
ó acabe con su vida, dando à un tiempo
la venganza á mis zelos y tu ofensa,

Arm. No es acertado, valeroso Orcante;
que en singular batalla:::-

Dentro ruido estrepitoso de armas, y dicen á lo léjos.

Voces. Guerra: guerra...

Arm. Qué podrá suceder?

Orc. A lo que miro,
de los opuestos campos las ligeras
tropas que en abanzadas divisiones
con atencion recíproca se observan,
parece que combaten: voy al punto,
puesto que soy su Gefe, á recogerlas,
no una accion general tal vez empeñen,
sin que el mismo Emireno lo resuelva. *Vase.*

Arm. Por todas partes el estruendo crece,
y aun ácia aquí parece que se acercan
por este lado algunos de los nuestros
acosando á un Cristiano, que se esfuerza
en resistir.

Sale Ubaldo resistiendo á algunos Turcos, y viene á caer á los pies de Armida.

Ubald. ¡El cielo me socorra!

Arm. Tened, no le mateis; y á su defensa
sírvale de mis plantas el sagrado:
alza, Cristiano.

Ubald. ¡O Dios! Armida es ésta.

Arm. ¿Qué es lo qué miro? él es segun las señas.
Retiraos vosotros, que conmigo
este Cristiano asegurado queda. *Vanse los Soldados.*

Ubald. ¡Injuriada, y muger! !Cielos divinos!
si me reconoció, mi muerte es cierta.

Arm. ¿Nó eres tu el hombre de alma empedernida,
de corazon tan duro, y tan de piedra,

que lo que amaba, de mis brazos
me arrebató con bárbara violencia?

Ubald. El mismo soy, señora, que imaginas;
pero no el que dibujas en tu idea
con tan feos colores, soy Ubaldo;
yo á Reinaldo aparté de tu belleza,
ilustrando su ciego entendimiento
con la antorcha eficaz de la prudencia;
accion que á buena luz considerada,
yo creí que tú misma engrandecieras.

Arm. ¿Yo agradecerlo? ¿quando se habrá visto
que alguno sus agravios agradezca?
¿quándo el que cae envuelto entre su sangre
la mano que le hiere humilde besa?

Ubald. Quando con esa dolorosa herida,
sana de otra mas áspera dolencia:
el contagiado miembro se separa,
porque el resto del cuerpo no perezca:
cauto el agricultor la vid despoja
del seco ramo porque mas florezca:
así yo, interrumpiendo unos amores,
enteramente opuestos á las reglas
de la recta razon, á tí, señora,
te excusé que mas tiempo padecieras
ultrajes en tu fama, indocorosos
al Real carácter de tan gran Príncesa,
y estimulando al jóven á la gloria,
y del honor poniéndole en la senda,
hice con su opinion ya vacilante,
coronára con ínclitas proezas,
y porque mas tu sinrazon conozcas,
amabas, dime, con verdad sincéra
á Reinaldo?

Arm. ¿Es posible que lo dudes?
Le amaba, sí, y le amo tan de veras
como el herido ciervo ama las fuentes,
como á la lluvia la abrasada tierra,
como las flores aman el rocio,
como ama al olmo la amorosa yedra,
como el sediento al cristalino arroyo,
como el enfermo la salud que anhela;
y en fin, le amaba quanto amar es dado
á una alma dulce, enamorada y ciega.

Ubald. Pues amándole así, si mi dictámen,
dí, ¿cómo ahora blasonar pudieras
de amar á un jóven fuerte y generoso
que en quanto ciñe el mar y el sol calienta,

la fama de sus glorias ha extendido?
Reinaldo, en tu poder nunca subiera
de la inmortalidad á la alta cumbre;
el verdadero amante mas aprecia
el bien de lo que ama, que no el suyo:
cumplir con su opinion es la primera
obligacion del hombre, y mas si nace
para ocupar del solio la eminencia.
Reinaldo, dividido de tus brazos,
llenó su deber todo, y se presenta
enteramente digno de tus ansias;
mira si será justo que agradezcas
que unos leves momentos de disgusto
produxesen tan altas consecuencias.
Arm. Pero ¿es una accion noble y generosa
el tratar una dama de mis prendas
mas que con desamor y vilipendio?
Ubald. No comprendo la causa de esa queja
Arm. ¿No me dexó en la Isla abandonada,
por mas que le rogué que me traxera
consigo, y que de amor y honor á un tiempo
cumplir pudiese la forzosa deuda?
¿En alas de mi amor, mas que del viento
sus pasos no seguí? ¿de mi presencia
no se ha excusado siempre? ¿y de mis cartas
no ha sido su silencio la respuesta?
¿no es este un vilipendio ignominioso,
que en torpe grosería degenera?
¿quàndo una alma bizarra corresponde
con tanta ingratitud á las finezas?
Ubald. Naufrago á quien asido de una tabla,
asalta de las ondas la soberbia,
si tal vez gana el desaseado puerto,
dificilmente al mar instable entrega
segunda vez la vida; así no extrañes
que Reinaldo contigo procediera
del modo que resientes, que un peligro,
que alhaga con lo mismo que envenena,
dificultosamente se resiste,
y aventurarse en él locura fuera,
pues quien se expone y vence, nada logra,
y pierde todo si vencido queda:
á mas de esto, temiendo que tus artes
pudiesen producir::-
Arm. Ubaldo, cesa:
no á mis artes acudas... ¡vanas artes
que que aborrezco y detesto! Fuéron ellas

la causa executiva de mis males,
¡despreciable racurso, triste ciencia,
que no pudo extinguir la ardiente llama
en que mi amante corazon se quema!
Fuera de eso, descrédito sería
de mi estado, y aun mas de mi belleza,
lo que se ha de alcanzar del alvedrío
quererlo conseguir de la violencia:
no mas, no mas encantadoras voces,
si á la mágia de amor, amar se niega,
en vano son auxîlios infernales.
Mas dexando esto á un lado, porque veas
que opuestos sentimientos nos animan,
ya tienes libertad; así se vengan
mugeres como yo: solo una cosa,
por dama, conseguir de tí quisiera
con secreto inviolable.

Ubald. Lo prometo,
como á mi estimacion no sea opuesta.

Arm. ¿Y juras el secreto?

Ubald. Si lo juro.

Arm. Pues vuelve al campo, y á Reinaldo entrega
ese papel: no es mio, pero importa
reservar que lo doy; dí que le llevas
de la parte de Orcante, pues es suyo;
mas para nada tomes en tu lengua
de Armida el nombre, basta de desprecios.

Ubald. Todo lo cumpliré como lo ordenas. *Vase.*

Arm. Séme una vez propicio, amor tirano;
ayuda mis deseos y cautelas;
una infeliz en su favor te invoca,
muestra que eres deidad en protegerla.

Musica; selva, estacada á un lado: sale Reinaldo atropellando á algunos de los suyos.

Rein. Viles, indignas, despreciables almas,
que al riesgo y al honor la espalda vuelta
de esa Turca canalla habeis huido
afrentando las ínclitas banderas
del Católico Marte, ¿sois soldados?
dónde está el pundonor y la vergüenza?
¿A vuestro Capitan, á vuestro Gefe
desamparais en la marcial palestra?
Qué es de Ubaldo, decidme, qué es de Ubaldo?
¿cómo sin él venís á mi presencia?
Idos, corbarde, no al ardiente enojo

á que me precipita tal vileza
en vuestra torpe y alevosa sangre
me arrebate á marchar la airada diestra. *Vanse los sold.*
Perdido Ubaldo, todo lo he perdido:
él vertia en las llagas lastimeras,
de mi alma afligida el saludable
bálsamo del consuelo; las tinieblas
de mi desalumbrado entendimiento
disipaba à las luces alhagueñas
de la amable virtud: ahora, ¡ay triste!
qual nave en el horror de la tormenta
de las furiosas ondas combatida,
sin rumbo, ni timon navega incierta
al arbitrio del viento proceloso,
chocando en un escollo en las cabernas
del insondable golfo se sepulta;
yo en el mar del amor, en que navega,
mi tierno corazon, abandonado
del deseo á la bárbara violencia,
de la razon, el norte obscurecido,
faltando del piloto la experiencia,
no será maravilla que chocando
en el escollo del error, me vea
otra vez anegado y confundido
de mi loca pasion entre las densas
y pavorosas sombras, donde todos
mis triunfos adquiridos se obscurezcan.

Música, durante la qual se pasea agitado, y luego dice:

Justos son los temores que me agitan.
Tan viva está en mi alma; ¡ay Dios! aquella
que fué el primero amor de mis amores,
y el último será, que ni la ausencia,
el bélico tumulto, ni las glorias
con que veloz la fama lisonjea,
celebrando mi nombre, no han podido
apagar la mas mínima centella
del incendio voraz que me consume,
y dentro de mi pecho se alimenta;
tan solamente Armida, ¡dulce nombre!
es grata ocupacion de mis ideas,
y su tierna memoria, y mi cuidado
quantos objetos miro me renuevan.
Las flores que en los campos abundosas
al albor matutino se esperezan,
las fuentes y los claros arroyuelos,

que por los verdes prados atraviesan,
el dulcísimo canto de las aves,
el manso vientecillo que recrea
blandamente sus alas sacudiendo
entre rosas, jazmines y azucenas,
quanto hay mas amoroso y agradable
y mas apetecible, me recuerda
su albago, su atractivo, su dulzura,
sus finas expresiones, su belleza,
sus gracias peregrinas::-
¡Insensato!
¿por qué no digo que ella misma premia
mi prision, ó mi muerte por su mano?
¿tanto ya me aborrece? ¿tanto en ella
el espíritu puede de venganza?
pero si la ultrajé de tal manera,
que pagué con agravios sus favores,
y con ingratitudes sus finezas,
¿qué ménos pudo hacer? ¿y qué no haría,
durándole el cariño, si supiera
que de Ubaldo y Gofredo á persuasiones
ya prometí mi mano á la heredera
de Florencia, Constanza, y que mi padre
sin dilacion exîge mi obediencia?
Triste es su situacion, pero la mia
es mucho mas tirana, mas violenta,
amar sin esperanza, precisado
á arrastrar la durísima cadena
de un lazo indisoluble, es un martirio,
es una tiranía tan acerba,
que ni la muerte::- ¿qué? mil muertes juntas
no producen tal género de pena,
dura, cruel, amarga, irresistible,
irremediable, bárbara y eterna. *Música.*
¿Mas por qué me apasiono? ¿No es Armida
de prosapia real? ¿No es la Princesa
de Damasco? ¿Su imperio dilatado
unido á mis laureles, no pudiera?::-
no pudiera::- ¡ay de mí! porque es pagana;
es una maga vil, y obscureciera
mi estimacion enlace semejante;
mas sus gracias, su amor, y su belleza,
y este voraz inextinguible fuego,
este volcan, esta incensante hoguera
que me abrasa, me mata y me devora,
¿no ha de tener alivio? en mi nobleza
es imposible: está la suerte echada,

y es mi palabra obligacion primera:
¿mas cómo de otro objeto poseído,
mi mano he de entregar á mano agena?
este ¿no es un delito? ¡Cielos santos,
valedme! que en las dudas que me cercan,
camino al precipicio. Ubaldo, amigo,
¿á dónde estás? Ubaldo, ¿así me dexas?
Sale Ubaldo. Aquí tienes á Ubaldo: ¿qué le quieres?
Rein. ¿Qué es lo que ven mis ojos? llega, llega,
acércate á mi pecho; ¡Qué temores,
qué de pesares me costó tu ausencia!
Ubald. Pero ¿por qué, Señor, tantos extremos?
Rein. Porque es claro que el bien no se penetra
hasta perderle.
Ubald. Mas las grandes almas,
como el Olimpo son, cuya eminencia
sobre las altas nubes sobrepuja,
á la suerte ya próspera, ya adversa
deben siempre mostrar igual semblante,
y firmes en qualquiera diferencia
ni las prósperas deben deslumbrarlos,
ni tampoco abatirles las adversas.
Rein. Está bien: pero di, ¿cómo pudiste
escapar de la muerte ó la cadena?
Ubald. El poner en tus manos este pliego

Dale un papel, y lee para sì.

valíó mi libertad.
Rein. ¿Qué dices? muestra.
Ubald. Parece que este jóven todavía
de la razon al yugo se revela;
no es mucho, que á pasar de extremo á extremo
dificilmente el corazon se esfuerza.
Rein. A duelo singular me llama Orcante,
cuyo altivo valor y fortaleza
tengo experimentado en las acciones
que produxo el discurso de la guerra.
Ubald. ¿Y qué piensas hacer?
Rein. ¿Pues en mi esfuerzo
la mas leve sospecha permitiera?
saldré y le mataré.
Ubald. Y si atrevido
intentase tal vez que la cautela::-
Rein. Es imposible: el sitio que señala
del rápido Cedron es la ribera,
y el seguro del campo solicita,

porque tan cerca está de nuestras tiendas:
mas dexando esto á parte, dime, Ubaldo,
¿has visto acaso á mi adorada bella?

Ubald. ¿A Constanza?

Rein. De Armida te pregunto.

Ubald. Yo creí que en tu pecho ni aun centellas
de tan loca pasion permaneciesen.
¿Tu memorias de Armidas? ¿Tu te acuerdas
de esa tirana maga, sin que el rostro
en vergonzosa púrpura se encienda?
comprometida tu palabra y mano
para Constanza, arbitrio no te queda
para pensar en otra, sin agravio
del pundonor debido á tu nobleza.
Las testas coronadas no han nacido
con el libre alvedrío que fomenta
en otros la eleccion de sus enlaces,
que en cambio de su augusta preferencia
esclavos respetables del estado
al público provecho se sujetan.

Rein. ¿Y quién puede tener el pensamiento
sujeto?

Ubald. La virtud.

Rein. ¡Virtud severa!

Ubald. ¡Apacible virtud! sus sacrificios
son dolorosos, si, pero si llegan
á completarse, toda su amargura
se convierte en delicias alhagüeñas,
que bañan en dulzura inexplicable
el corazon; placer que experimentan
las puras almas que á las claras luces
del noble entendimiento se gobiernan.

Rein. ¡Terrible sujecion! mas ¿por qué clamo,
si yo mismo me impuse las cadenas
que involuntario arrastro? ¡O una y mil veces
ántes que tal hiciese falleciera! *Vase.*

Ubald. Todavía el estímulo resiente,
todavía vacila y titubea:
¡ó loca juventud que desbocáda
al precipicio del amor te entregas!
Suspende el ciego paso impetuoso;
mira que en el error en que te empeñas,
quando los escarmientos se anticipan,
de nada desengaños aprovechan. *Vase.*

Música. Selva frondosa, que baña el torrente Cedron. Vista á lo léjos de Jerusalen, y sale Armida.

Arm. A Orcante disuadí de sus intentos,

por si mi industria conseguir pudiera,
su lugar ocupando, à mi enemigo
decir ansiosa mis amantes quejas.
¡Ay! ¡qué distinto tiempo de aquel tiempo
en que en el centro yo de la grandeza,
en la altura del sólio colocada,
libre, gozosa, y de cuidado exênta,
no creí que en el orbe haber pudiese
quien ni una esquivez mia mereciera!
¡Desventurada Armida! ¡quién creeria
que se humillase tanto tu soberbia,
y llena de tomores y pesares,
prófuga, peregrina y extrangera,
de un inhumano amante abandonada,
en cambio de ternuras y finezas,
escándalo del orbe y de los siglos,
desprecios insufribles recibieras!
Amantes que notais mi desventura,
las que fiais en hombres, las que ciegas,
de un amoroso alhago seducidas,
no conoceis el riesgo que os rodea;
aprended de mí sola desengaños;
mirad como se paga la firmeza,
y que la triste que en el hombre fia,
ara en el viento, y en el agua siembra. *Música*
Mas, ó pesares bien recompensados,
una y mil veces venturosas penas,
felices desventuras, si consigo
hablar á mi Reinaldo; en su presencia
todos se acabarán los males mios,
y si en su pecho todavía reinan
de Armida las memorias, el mas leve
pretexto, la disculpa mas pequeña
será para aplacarme suficiente,
y dexarme gozosa y satisfecha,
¿qué es satisfecha? á hacerme feliz basta
una lisonja, una mirada tierna,
una dulce expresion, y plegue al Cielo
que del exceso del placer no muera::-
Loca pasion, ¿á dónde me conduces?
¿y si resiste ingrato? ¿si en su fiera
obstinacion prosigue, y mis alhagos,
mis ruegos y mis lágrimas desprecia?
¿qué haré entónces? morir de enamorada.
¡Quién en los lábios mios infundiera
expresiones de fuego que abrasasen
aquel rebelde corazon, si niega

á voluntad tan fina, y sin exemplo
una justa y leal correspondencia!
Almas sensibles, almas generosas,
en quienes infundió naturaleza
la compasion; si una muger amante
que sembrando favores cogió ofensas,
sola, triste, afligida y sin consuelo,
vuestra piedad y lástima interesa,
llorad sobre mis males, compartiendo
los tormentos que el alma me penetran;
pero un guerrero::- él es:: corazon mio,
ánimo, que ya estás en la palestra.

Sale Reinaldo.

Rein. Pues ya, esforzado Orcante, que en el sitio::-
Pero ¿qué es lo que miro? ¡Armida es esta!
Arm. Si á matar, ó morir sales al campo,
fácil victoria el hado te presenta,
que ociosos son los filos del acero
en quien á tus rigores vive muerta:
si mi alma de angustias penetrada,
todavía en la cárcel se conserva
del miserable cuerpo, es porque solo
á tus iras crueles se reserva,
echando el sello á tu desden tirano,
acabar con mi vida lastiméra:
pues ¿por qué te detienes? ¿por qué tardas?
Rein. ¡Válgame Dios! No sé que responderla.
Arm. ¿Callas? ¿qué, tan retórico el agravio
y tan cobarde la turbada lengua;
esa pérfida lengua, que en mis brazos
aras del dios vendado lisonjeras,
á pesar del destino, y de los hados
constancia prometió, juró firmeza?
Quàntas veces dixiste, que primero
que mis amores al olvido dieras,
faltaria en los orbes celestiales
esa luciente máqnina de estrellas;
que vería nacer del agua el fuego,
retroceder el sol en su carrera,
universal trastorno padeciendo
el órden de la gran naturaleza:
mas la fé prometida quebrantaste,
lleváronse los vientos las promesas.
¡Ah! mátame por piedad, consuma, acaba.

el sacrificio, si es que ya no quieras,
exemplo singular de los crueles,
no darme muerte, porque mas padezca.

Rein. Si te amé con verdad, muy bien lo sabes;
las cándidas palomas, que se estrechan
en el caliente y abrigado nido,
asilo del amor en que se queman;
las tórtolas amantes, que en las ramas
del verde laberinto de las selvas
explicando sus ansias amorosas,
con suspiros dulcísimos se quejan;
de mí pudieron aprender ternuras,
en mí pudieron estudiar finezas:
si te dexé en la Isla, tambien sabes
que honor y religion dieron materia
â una separacion tan dolorosa:
tú misma, tú misma manifiesta
viste la repugnancia que mostraba;
tú misma conociste la violencia
con que me separaba de tus ojos,
dexándoles de amor el alma en prenda;
pues si todo esto sabes, y no ignoras
que los mismos motivos perseveran,
¿por qué causa, señora, por qué causa
de Reinaldo inocente te lamentas?

Arm. Qualquiera que escuchára indiferente
las frívolas razones que aparentas,
la artificiosa sumision que ofreces,
la pálida inocencia que ponderas,
sin duda en tu favor decidiría;
pero díme, traidor, quando no fuera
el dexarme en la Isla abandonada,
en situacion tan triste, que á las piedras,
si fueran ellas de sentir capaces,
á conmover bastára la mas fea,
la mas cobarde accion, que caber pudo
en hombre, que de ser noble se précia,
para haberte excusado á mis deseos,
para haberte negado á mi presencia,
rayando en descortes con una dama
de mi carácter, ¿qué disculpa encuentras?

Rein, Tu hermosura, tu gracia peregrina,
apetecible riesgo en que pudiera
aventurar segunda vez mi fama,
y el mirar que en acciones contrapuestas
tú me buscabas; quando al tiempo mismo
ofrecias tu mano al que me diera

en tu poder, ó muerto ó prisionero.

Arm. Eso fué del cariño sutileza,
llamándote á los riesgos, por si acaso
mediante el artificio de la cautela,
hablarte conseguía; y pues la suerte,
sola esta vez propicia á mis ideas,
tan feliz ocasion me proporciona,
díme Reinaldo mio... ¡Ah! si á la lengua
acudió el corazon, perdona: díme
si tal vez en tu pecho se conserva,
del aquel pasado y amoroso incendio,
leve centella entre cenizas yertas.

Rein. Si, señora: lo mismo te amo ahora
que te amé, y te amaré mientras no llega
la inexôrable parca, y corta el hilo
de una vida tragica y funesta.
¡Ah! si yo no te amára, Armida hermosa,
mi dicha á mis deseos excediera.

Arm. Pues ¿qué puede oponerse á los deseos
que un cariño recíproco fomenta?
Ya tu valor dexaste acrisolado,
pues domador del Asia te celebra
la fama, desde el uno al otro polo;
si eres de estirpe generosa y regia,
si en Ferrara naciste Soberano,
yo tambien de Damasco soy Princesa,
enlace, pues en apacible nudo
una coyunda amable, dos diademas;
así cumples contigo, así restauras
mi estimacion á la censura expuesta
del sedicioso vulgo maldiciente.
¿Qué respondes? ¿suspiras? no me ofendas
con esas dudas; mírame á tus plantas,
de ellas no he de apartarme hasta que accedas
á mis ruegos: si no eres insensible,
muévate á compasion, tu piedad mueva
ver que derramo el corazon deshecho
en el copioso llanto que me anega.

Rein. Basta, no mas; que cada razon tuya
es clavarme en el pecho aguda flecha;
sin tí desventurado, dueño mio,
vivir es imposible; siempre impresa
tu imágen llevaré en el alma mia,
sin que el tiempo voráz borrarla pueda:
pero un fatal destino nos separa,
un poder invencible se atraviesa,
y corta nuestras dulces esperanzas;

la muerte es el remedio que nos queda,
que siendo tú pagana, y yo cristiano,
mi ley sagrada nuestra union reprueba.
Arm. Religioso pretexto, pero vano:
esa ley tan sagrada que veneras,
no era la misma quando me juraste,
firme constancia, lealtad eterna?
Rein. Eso es verdad: mas de un delito mio
no has de formar, Armida, consecuencia
para mi obligacion.
Arm. ¿Y de ese crímen
he de ser yo la víctima funesta?
¿quando se vió que de delito ageno
pagase los efectos la inocencia?
Rein. Quando el hado en su ruina conjurado
todas las iras al furor despliega.
Arm. Débil satisfaccion: pero si solo
ese reparo por vencer nos queda,
nada importa; detesto desde ahora
las máxîmas erradas de mi secta;
el mismo Dios que adoras será el mio,
y de quantos vasallos se sujetan
á mi Imperio, y así en la Asia toda
se abrirá al Cristianismo nueva senda.
Rein. ¡Ah! qué tarde, qué tarde, Armida hermosa,
haces ostentacion de las finezas,
que no estando en mi mano aprovecharlas
es deuda de mi honor agradecerlas!
Mas no bastan, señora, á hacerme tuyo.
Arm. Parece que complaces tus ideas
tan solo en producir inconvenientes,
mas á todos saldré: díme, ¿qué resta?
Rein. A tí nada, que á mí solo me toca
morir de angustia, de dolor y pena.
Arm. Habla con claridad.
Rein. ¡Ay! que no debo.
Arm. Resuelve de una vez.
Rein. Callar es fuerza.
Arm. ¿Sabes que te amo?
Rein. Mas que yo merezco.
Arm. Pues confia de mí.
Rein. Me aborrecieras.
Arm. Tan grande es ese mal?
Rein: Desesperado.
Arm. ¿De qué pudo nacer?
Rein. De una flaqueza.
Arm. Sépalo yo, que ya de ese secreto

á apurar el veneno estoy resuelta.
Rein. Repara que á tu muerte te encaminas,
si lo que callo en descubrir te empeñas.
Arm. No me obligues á un loco arrojamiento,
si tan confuso enigma no revelas.
Rein. ¿No hay remedio?
Arm. Ninguno.
Rein. Pues señora,
supuesto que tu misma lo deseas,
sabe que soy ageno, y que mi esposa
ha de ser la heredera de Florencia;
mi mano tengo ya comprometida,
y empeñado mi honor y mi nobleza;
así lo ordena la razon de estado,
y Gofredo, y mi padre así lo ordenan.
Arm. Bárbaro, desleal, hombre inhumano,
vívora ponzoñosa, aleve Hiena,
que al pasagero llama con gemidos,
y en él despues su furia toda ceba;
mucho temí de tí, pero no tanto,
que á extremo tan cruel te envilecieras;
mucho te quise, pero todavía
á mi pasion exceden tus ofensas.
El único dolor que me faltaba
en mi desdicha, el de los zelos era,
cuyas azules sierpes enroscadas
al corazon de tósigo le llenan:
¿es posible, tirano, que pudiste::-
pero reconvenciones, ¿que aprovechan?
Vete, apártate, ingrato, de mis ojos,
cocodrilo engañoso, esfinge fiera,
áspid que entre las flores se disfraza;
plegue á Dios que en la esposa que te espera
halles el desamor que yo he hallado
en tu perfidia; las nupciales teas
no las inflame plácido himenéo,
las furias infernales las enciendan,
y á zelos mueras, pues á zelos matas,

Gran ruido de pelea.

que yo sabré, arrojándome resuelta
en medio del horror de la batalla,
encontrar una lanza, una saeta,
que acabando una vida que detesto
ponga fin lastimoso á tantas penas. *Vase.*
Rein. Justa es su indignacion, justa su ira,

y quantas sobre mí desgracias vengan,
justas serán: ¡ay Dios! que obscurecida
la luz de la razon entre tinieblas
que el combate de afectos encontrados
en mí produce, nada se presenta
que la paz desterrada de mi alma
pueda reproducir, volverme pueda.

Sale Ubaldo.

Ubald. ¿Qué haces así, señor, quando Emireno
ya con todo su exército nos cierra?
Rein. ¿Qué hago, dices? morir de tus consejos.
Ubald. Consejos de salud, mas aprovechan
que ofenden.
Rein. Déxame por Dios, Ubaldo,
y vamos á añadír á las banderas
del ínclito Gofredo nuevos lauros
que funestos cipreses se conviertan,
para una triste que ya sin esperanza
de la perdída paz morir desea. *Vase.*

Mutacion que representa todo un campo de Turcos destruido. Música fuerte, á cuyo compas van saliendo los personages, no cesando dentro el ruido de batalla; salen algunos Turcos cargando á algun Cruzado que represente en su trage ser principal, y quando estos se entren sale algun cruzado cargando por el opuesto lado á algun Turco, que tambien represente ser de calidad, y la música se va mitigando de modo que no embarace la representacion. Armida con la espada desnuda.

Arm. Ea, valientes Turcos, este dia
es dia de venganza, y pues las señas,
están dando á entender que la victoria
ácia nuestro destino se ladea;
de esa obstinada pérfida canalla
nadie quede con vida, todos mueran,
diluvios de cristiana sangre corran,
tanto que en las corrientes lisonjeras
del ràpido Cedron pueda dudarse
si corren aguas, ó si sangre llevan;
y un no será bastante toda junta
para apágar la sed que tengo de ella.

Sale Orcante del mismo modo.

Orc. Por mas que discurriendo el campo todo
busco á Reinaldo, la fortuna adversa

no le ofrece à mis ojos, ni mi aceró.
Arm. Pues vele allí, que haciendo resistencia
á innumerables tropas de los nuestros,
todo lo rompe, todo lo penetra::
¡ah cobardes! ¿un hombre solo puede
postrar tanto valor y fortaleza?
mas ya segun los muchos que le cargan,
en vano resistiendo ácia aqui llega.

Sale Reinaldo acosado de Turcos.

Rein. Todos sois pocos á mi fuerte brazo.
Arm. Si no quieres morir, la espada entrega.
Rein. En hombres de mi honor eso no cabe.

Tropieza, y al tiempo de herirle Orcante, se interpone, queda herida, y cae.

Orc. Pues muere::-
Arm. Tente, Orcante::- yo soy muerta.

A este verso sale Ubaldo, dice el verso siguiente, y con los suyos carga á los Turcos y los retira, durante lo qual esfuerza la música hasta que en el Teatro solo queda Reinaldo *arrodillado sosteniendo á Armida, y entonces pasa la música á un tono muy piano y triste, siguiendo hasta el fin.*

Ubald. Esta ocasion aprovechad, amigos:
aquí del pundonor y fortaleza.

Ahora empieza la pelea.

Rein. Desgraciada hermosura, ¿este es el pago
de una pasion tan fina, dulce y tierna?
¿Tú de mortal herida penetrada,
y por mi causa? ¡O quánto mejor fuera
que el rigor de la parca executivo
en mí todas sus íras convirtiera!
mas yo sabré seguirte.
Arm. No, bien mio;
vive feliz::- te amo::- mis ofensas::-
ay dolor.:- te perdono::- fuí culpada::-
mas de tu Rrmida::- alguna vez te acuerda.
Rein. Poco podré acordarme, si en mi pecho
la sensibilidad no es extrañeza.
¡O nunca de la fértil Palestina
á los fatales campos yo viniera.

mi bien, Señora, mi adorado dueño,
mi idolatrada y amorosa prenda,
¿es posible que miro ya tus ojos
eclipsados en noche sempiterna?
¡qué débil, qué remiso, qué cobarde
es mi dolor, pues el morir me niega!
Pero si desde el reyno de las sombras
del pecho mio la verdad penetras,
conocerás que yo siempre fuí tuyo,
que el destino fatal, la suerte adversa
y no la falsedad pudo ser causa
de haber abandonado tu belleza;
no entrarán en mi alma otros amores,
y fiel á tu memoria y tus finezas,
el horror, el despecho, la amargura
y desesperacion que me rodean,
darán fin á una vida aborrecible,
desventurada, trágica y funesta.

Sale Ubaldo con los suyos.

Ubald. Ya el campo victorioso::- ¿mas qué miro?
Rein. Las resultas mas tristes y mas funestas
de tus consejos.
Ubald. No de mis consejos,
si de un amor sin límite ni riendas,
porque siempre un amor desordenado
produce tan infaustas consecuencias.

CON LICENCIA.

Sevilla, Imprenta de Caro y Hernandez.
Calle Génova. 1815.

